

Eduardo Acevedo Díaz: atisbos de un mundo entero

Óscar Brando

Facultad de la Cultura CLAEH

Resumen

Entre los muchos sucesos de gran envergadura que vivió Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921) pondremos la lupa sobre uno que parece menor: la inclusión en un diario montevideano de su novela *Nativa* en entregas de folletín. Miraremos el caso y, a través de él, en círculos concéntricos, los elementos trenzados de vida y obra. La correspondencia con su amigo y director de *La Opinión Pública*, Alberto Palomeque, nos permitirá especular sobre arte, política y economía, la ideología de la novela, la novela histórica y otros asuntos de gran importancia para nuestro autor homenajeado y para nuestra literatura.

Palabras clave: prensa - folletín - economía-ideología - novela histórica - Eduardo Acevedo Díaz.

Eduardo Acevedo Díaz: glimpses of a whole world

Abstract

Among the many large-scale events that Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921) experienced, we will put the magnifying glass on one that seems minor: the inclusion in a Montevideo newspaper of his novel *Nativa* in serialized installments. We will look at the case and through it, in concentric circles, the twisted elements of life and work. Correspondence with the director of *La Opinión Pública* and friend, Alberto Palomeque, will allow us to speculate on art, politics and economics, the ideology of the novel, the historical novel and other matters of great importance for our honored author and for our literature.

Keywords: press - economics-ideology - historical novel - Eduardo Acevedo Díaz.

Como se sabe, Acevedo Díaz desempeñó dos actividades relevantes. Fue hombre político del Partido Nacional, en ese carácter se alistó a los 19 años en la guerra civil de 1870, conocida como la Revolución de las Lanzas, y prosiguió su trayectoria dentro de su partido tanto en las contiendas armadas como en las civiles, adquiriendo en estas últimas un muy destacado lugar. Tuvo un exilio poroso en Argentina, con idas y vueltas entre 1875 y 1895; en ese año regresó a Uruguay a militar en la prensa y en la tribuna, volvió a combatir en 1897 junto con Aparicio Saravia y Diego Lamas, alcanzó cargos políticos de envergadura en el partido y en el país, y, finalmente, en 1903 fue expulsado del Partido Nacional. Con distintos destinos diplomáticos otorgados por el primer gobierno de José Batlle y Ordóñez, al que había votado junto con su grupo político en la elección de 1903 (motivo de su expulsión del Partido Nacional), permaneció fuera del país hasta su muerte. Al mismo tiempo, Acevedo Díaz fue escritor, sobre todo de un ciclo de novelas que se consideran fundadoras de la narrativa uruguaya. Publicó la primera, *Brenda*, en Buenos Aires, en 1886, a la que siguieron otras tres de su ciclo histórico: *Ismael*, *Nativa* y *Grito de gloria*, escritas y publicadas también en Argentina entre 1888 y 1893. Dejó dispersos unos cuantos relatos breves entre los que se ha destacado *El combate de la tapera*, publicado en 1892. Dio a conocer, en 1894, una nouvelle muy difundida, *Soledad*; años después, publicó *Minés* (1907) y en 1914 el cierre de su ciclo histórico, *Lanza y sable*.

Una historia de folletín: periodismo y política

Para entrelazar estas dos actividades, me detendré en algunos hechos acontecidos en la segunda mitad de 1889, según se desprende de la correspondencia entre Acevedo Díaz y su amigo Alberto Palomeque, reunida y comentada por el profesor Alfredo Castellanos (1969).¹ La secuencia ya ha sido relevada por Sergio Deus en su importante libro (1978).

El 20 de agosto de ese año, Acevedo Díaz, radicado en La Plata, le escribió a Palomeque: «Tiempo hace que contigo estoy en deuda» (Castellanos, 1969, p. 53). Palomeque, que dirigía el periódico *La Opinión Pública* en Montevideo, le había pedido a su amigo, según se desprende de las cartas de este, dos favores: uno tenía que ver con la obra literaria de Acevedo Díaz, el otro con la colocación de acciones del diario en Argentina. A lo primero Acevedo Díaz respondió enviándole «el primer capítulo de mi tercera obra —novela histórica— que tengo al terminar», que aún no tenía nombre, y que había sido «escrita con sujeción al plan que me he impuesto de un estudio etnológico, social y político de nuestro país» (Castellanos, 1969, p. 10). Sobre la venta de acciones, que según parece se traducían en suscripciones, Acevedo Díaz le aclaraba a su amigo que no sería difícil si no fuera por la campaña política en la que se había embarcado Palomeque. Este promovía, para las elecciones del año siguiente, a Julio Herrera y Obes, que había tenido con Acevedo Díaz más de un altercado de entidad. Con el correr de los meses las dos ayudas tendrían buenos resultados: la campaña de suscriptores hacia fines de noviembre se elevaría a casi cien y la novela que se llamó finalmente *Nativa* comenzó a publicarse en forma de folletín a partir del 25 de octubre.

Según se deduce de la correspondencia (carta del 7 de setiembre), Acevedo Díaz había cedido todos los derechos de la obra al diario de su amigo. Sin embargo, el 25 de noviembre, cuando la campaña de suscripciones, pese a las advertencias, había prosperado mucho y la novela llevaba un mes de entregas, Acevedo Díaz sintió que había algo que rechinaba. Y ello era que mientras iba saliendo su novela en el diario, se acrecentaba la prédica de Palomeque a favor de Julio Herrera y Obes. Acevedo Díaz debió creer que en esa convivencia podía haber una sospecha de connivencia y para zanjarla propuso a Palomeque que suspendiera su campaña política durante un tiempo, el suficiente como para que, duplicando el tamaño de las entregas, la novela fuese publicada en su totalidad. De las muchas piezas que forman esta correspondencia, depositada en el archivo literario de la Biblioteca Nacional, unas pocas aparecen firmadas por Alberto Palomeque. Por fortuna, la respuesta a esta solicitud de Acevedo Díaz se conservó. Se trata de una tarjeta membretada, fechada el 27 de noviembre, con un texto breve que comienza: «Querido Eduardo: Me sorprende tu carta» (Castellanos, 1969, p. 62).

1 Cuando fue necesario revisé en el archivo literario de la Biblioteca Nacional las carpetas y álbumes que contienen la correspondencia del escritor.

Querido Eduardo: Me sorprende tu carta.¹⁾
 Prefiero no decir una palabra respecto a tu
 exigencia y amigo. Estoy seguro que te conven-
 cería del error en que estás, pero me he trazado
 mi línea de conducta y dejo al tiempo.....
 Tu carta solo un camino me deja, ya que
 entre amigos como nosotros no es posible citar
leyes ni invocar derechos adquiridos (lo digo en
 tono de broma), y es el del sacrificio, el que ya
 me he conaturalizado como buen camero,
 político que somos aquí, con grave perjuicio #

Anverso de la tarjeta enviada por Palomeque a Acevedo Díaz.
 (Archivo Acevedo Díaz de la Biblioteca Nacional de Uruguay)

Pero antes de conocer la respuesta completa de Palomeque, aprovechando que la tarjeta está escrita de los dos lados, hagamos unos segundos de suspenso. Trate de ponerse el lector en aquella encrucijada, aunque no sé si podremos ponderar con exactitud los distintos factores en juego. Eduardo Acevedo Díaz y Alberto Palomeque eran correligionarios blancos que se habían conocido en 1872² y habían vivido juntos breves prisiones; en los no tan breves exilios habían compartido trabajos para sobrevivir. En el momento que hemos recortado del año 1889, Acevedo Díaz, luego de una fugaz experiencia en Montevideo, había vuelto a La Plata a seguir ganándose el pan con que alimentar a su numerosa familia; Palomeque hacía un tiempo que había vuelto a Uruguay y se había reintegrado a la política criolla. Algunas frases de la correspondencia del período confirman que en Argentina Acevedo Díaz estaba dedicado a su trabajo y a la escritura de sus novelas a las que dedicaba el tiempo del sueño. El 18 de setiembre le escribió a su amigo:

Puedes contar, como lo deseas, con mi novela, para el 15 del entrante. (...) La novela se titula *Nativa*. (...) Convendrá, á mi juicio, en interés del libro y del diario, que reservases el título de aquel y su publicación hasta el día que yo te indique *por telegrama*; pues, bién pudiera suceder que, entregado como lo estoy á empresas comerciales é industriales que no me dejan libre sino la noche —y eso hasta las 263 de la mañana— para escribir, no me fuera dado entregarte *completa* la obra para el 15, sino para el 20 ó 25³ (Castellanos, 1969, pp. 5657).

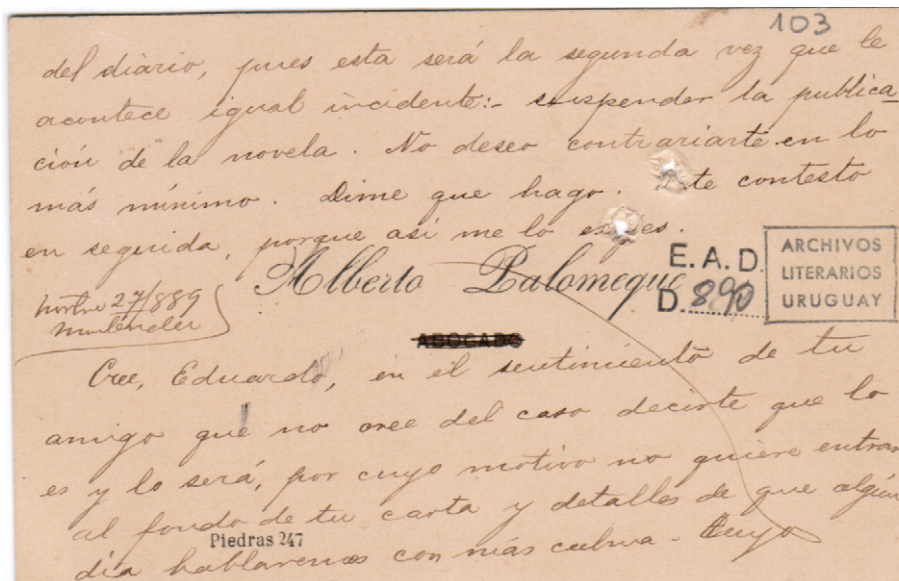
Las cartas siguientes ya nos instalan en el tiempo en el que el folletín había comenzado a salir, con un Acevedo Díaz concentrado en las erratas de edición y anticipando la salida del libro. Hasta que en la carta del 25 de noviembre pide que se suspenda la campaña política mientras siga saliendo el folletín: «No es mucha concesión, mi querido Alberto, veinte días de silencio respecto á tu hombre de estado, tratándose de un amigo como yo» (Castellanos, 1969, p. 62).

La respuesta de Palomeque no se hizo esperar ni presentó dudas. En la tarjeta cuya reproducción podemos ver, fechada dos días después del pedido de su amigo, intentó explicarle el sinsentido de su propuesta, la inversión de posiciones que estaba haciendo Acevedo Díaz entre su novela (mejor dicho, entre él) y la campaña política (léase su archienemigo Julio Herrera y Obes). Por añadidura, le recordaba los derechos adquiridos y subrayaba la frase, aunque luego, entre paréntesis, dijera que era broma. Palomeque le consultaba a Acevedo Díaz qué hacer, aunque no le dejaba otra opción que suspender la publicación de la novela. Y aclaraba que sería la segunda suspensión. La primera suspensión podría haber sido la demora en la salida del folletín. Es

2 La relación entre ambos puede leerse en el largo artículo de Alberto Palomeque (1901) «Eduardo Acevedo Díaz (Del natural)» y que, según se informa en la misma revista, fue comercializado como separata.

3 Todo hace pensar, como lo afirmó Rodríguez Monegal (1968), que en Acevedo Díaz los tiempos de creación literaria y de trabajo político no se solaparon, sino que resultaron claramente delimitados: la década 1884-1894 en Argentina, sin intensa actividad política, fue la que le permitió escribir sus grandes novelas.

posible que el diario lo hubiera anunciado para mediados de octubre y luego no hubiera podido cumplir con la fecha. El «Aparecerá indefectiblemente el 25 del corriente» del anuncio publicado el 24 de octubre así lo hace pensar. Respecto a la segunda suspensión, finalmente Acevedo Díaz supo entender y ceder, y el folletín siguió su curso (cartas del 4 y 7 de diciembre) sin que ningún día dejara de salir.⁴



Reverso de la tarjeta. (Archivo Acevedo Díaz de la Biblioteca Nacional de Uruguay)

Arte, ideología, economía

Un nuevo paréntesis se hace necesario para incluir algún comentario sobre la prensa y sus compromisos, así como sobre la obra artística y su ideología. Desde *La Revista Uruguaya* creada por Palomeque a principios de enero de 1875, los correligionarios y amigos se habían ido encontrando en páginas de prensa que los habían hecho acreedores a las mencionadas detenciones y, luego, a exilios. Los diarios y periódicos uruguayos en los años que estamos comentando resultaban, sobre todo, bastiones políticos desde los que se defendían ideas o simplemente posiciones, sin dejar de cumplir otras funciones de carácter informativo o lúdico.

El diario *El Siglo*, fundado en 1863 y que vivió largas décadas, ha sido considerado, en la prensa uruguaya, la primera empresa periodística, esto es, un diario que no solo se pensaba como atalaya política, sino como producto comercial. Fue tribuna principista y centro operativo de un grupo inquieto, propenso a la fundación de medios escritos. Junto con esta prensa, que nucleó agrupaciones partidarias que iban tomando distintas formas (fusionistas y conservadores en los años cincuenta, luego constitucionalistas, radicales o tendencias doctorales de los partidos blanco y colorado), nació otra, que anticipó al diario moderno por su aproximación a lo puramente noticioso y popular, en desmedro de la índole política. *El FerroCarril*, fundado en 1869, tendría ese

⁴ El episodio a propósito de la publicación de *Nativa* como folletín en *La Opinión Pública* lo recuerda Palomeque en su trabajo sobre Acevedo Díaz. Dice allí que luego de su fracasado retorno a Montevideo en 1887 VI (antes ha contado con detalle los motivos de ese fracaso), Acevedo Díaz se concentró en la escritura de la novela y que se la regaló al diario, que no pudo pagarle más que con su publicación. El folletín no tuvo éxito y no colaboró con la prosperidad de *La Opinión Pública*. Asimismo, Acevedo Díaz le pidió que suspendiera la publicación por coincidir con la campaña por Herrera y Obes que el medio llevaba adelante. Luego de delicadas negociaciones, en las que Palomeque argumentó que su amigo le había regalado la obra (el mencionado anuncio la vispera de la primera entrega decía «Propiedad literaria de *La Opinión Pública*»), consiguió que este cediera (Palomeque, 1901, pp. 40-41).

En extraños días de pandemia de mediados de 2020 conseguí revisar, en una deshabitada y silenciosa Biblioteca Nacional, los meses de *La Opinión Pública* en los que fueron saliendo las entregas de la novela. No tuve el tino de fijarme si en los días previos a la salida de la primera entrega, cuando la había prometido el escritor (15 de octubre), hubo algún anuncio de salida luego postergada. Sí pude comprobar, contra lo que creí por la lectura de las cartas, que la publicación nunca se suspendió. Asimismo, quise ponderar la sensibilidad de Acevedo Díaz acerca de la campaña del diario de Palomeque a favor de Julio Herrera y Obes y debo confesar que o bien no supe ver los indicios de esa campaña o bien ellos resultaban de acciones en torno al diario, pero que no se revelaban claramente en este; si así era, la suspicacia de Acevedo Díaz provenía de su conocimiento de ese apoyo en el que el diario no parecía hacer especial énfasis.

perfil y, una década después, *La Tribuna Popular* hará lo propio durante más de ochenta años.⁵ La inclusión en muchos de ellos de un folletín, sección dedicada generalmente a una novela por entregas, resultaba un hábito copiado de la prensa extranjera, particularmente la francesa. En 1850, *Le Patriote Français* de Montevideo había entregado en forma de folletín algunos capítulos de la obra de Dumas *Montevideo ou une nouvelle Troie*.

Para nuestro caso, *La Opinión Pública*, el diario que dirigía Palomeque, se aproximaba al tipo nuevo de prensa, aunque no evitaba llevar adelante una campaña electoral. Acevedo Díaz sabía el lugar que ocupaba el folletín. En la carta del 25 de noviembre, en la que argumentaba la incompatibilidad entre su presencia en el diario y la campaña por Herrera y Obes, le hablaba a su amigo de su colaboración con el diario «aunque fuese en el friso» (Castellanos, 1969, p. 62). Antes de salir como libro en 1886, *Brenda* había aparecido por entregas en *La Nación* de Buenos Aires y en *La Razón* de Montevideo. Un poco después, los primeros capítulos de *Ismael* se habían conocido en *La Época*, un diario que Acevedo Díaz dirigió durante unos meses de 1887. *Nativa*, finalmente, se había podido leer completa «en el friso» del diario de Palomeque.

Las cartas intercambiadas con Palomeque permitirían sembrar hipótesis sobre los motivos que asistían a Acevedo Díaz para acometer su creación literaria. Palomeque, en el ensayo que dedicó a su amigo en la revista *Vida Moderna* en 1901, había sacado sus propias conclusiones. Decía allí:

Acevedo Díaz tiene una ventaja sobre los demás hombres que, con condiciones ó sin ellas, se dedican á la política en nuestro país. A él le sucede lo que indica un escritor francés: que fuera de la política tiene un refugio en las letras y en la familia, para evitar la nostalgia del mando (Palomeque, 1901, p. 40).

Se estaba refiriendo al momento preciso en que, luego de un nuevo fracaso de retorno a Uruguay para dirigir *La Época*, en 1887, Acevedo Díaz había vuelto a La Plata y se había puesto a escribir *Nativa*. Era su tercera novela, y hasta este momento la escritura no aparecía como una manera de ganarse la vida. El propio Palomeque advertía que su diario se la había publicado en folletín y esa había sido toda la retribución recibida a cambio por el escritor. Sergio Deus, sin embargo, tan atinado en muchos momentos, hizo en su libro esta afirmación general: «Acevedo Díaz fue quizá el primero de nuestros escritores profesionales, en cuanto no escribió para llenar ocios, sino que lo hizo muchas veces acuciado por urgencias económicas ciertas» (1978, p. 73). Ponía como ejemplo una afirmación de Palomeque a partir del recuerdo de lo que le había dicho su amigo escritor:

A *Brenda* sucedió el más hermoso libro, según unos. «Ya que no quieren romanticismo», me decía [Acevedo Díaz], «van ahora á conocer un nuevo género, distinto al anterior: ahora van á saber de todo lo que es capaz este cerebro» (Palomeque, 1901, p. 35).

No es claro, por esta afirmación, que esa novedad estética fuera consecuencia de un cálculo comercial. Por el contrario, podría afirmarse que el cambio de rumbo con un nuevo género, la novela histórica *Ismael*, tenía ambiciones de otra índole, que no las económicas y que fructificarían en el terreno de las ideas.

Obviamente, el caso del folletín uruguayo no era similar al de los folletines franceses, que no pocas veces, según se dice, conseguían que diarios modestos alcanzaran grandes tiradas. Así parecía haber sido con las obras de Eugenio Sué, Alejandro Dumas o Ponson du Terrail a mediados del siglo XIX. En nuestra prensa, sospechamos (no tenemos cifras de ventas y mucho menos los cambios que en estas podía provocar la presencia de una novela por entregas) que nunca se alcanzó esas alturas. Sin embargo, es interesante comprobar que Acevedo Díaz, sin hacer en una primera instancia cálculos mercantiles, aceptó el folletín como forma de difusión. Habrá que esperar a los años noventa, luego de la crisis en las economías rioplatenses, para que Acevedo Díaz ponga en contacto su producción literaria con la lucha por la vida. En 1893 tendremos cartas de Acevedo Díaz a Palomeque en las que se refirió a la posibilidad de sacarle réditos a su producción. El 1 de abril de ese año le escribió a su amigo:

¿Podrías tú, personalmente, interesarte por mí con la empresa de *La Tribuna Popular* ó del *Montevideo Noticioso* para que aceptasen mis folletines inéditos sobre historia ó simple literatura, á razón de cinco o seis por mes, y con la remuneración que racionalmente me acordaren? (Castellanos, 1969, p. 69).

5 No debe entenderse por esto que los mencionados diarios no tuvieron orígenes y posiciones políticas. Ambos de raíz blanca, *La Tribuna Popular* fue nacionalista y, por momentos, patriótico en el peor sentido; y cuando en los años treinta del siglo XX llegó la hora de los fascismos dentro y fuera del país los prohió, apoyó el golpe de Terra, el franquismo y el antisemitismo. Por cierto esto no fue constante y su larga vida permitiría observar muchas inflexiones. Agradezco la información proporcionada por la profesora y amiga Cecilia Pérez.

Durante el resto del año, en esa misma correspondencia, Acevedo Díaz haría muchas menciones a la crisis económica, al empobrecimiento suyo y de gente que lo rodeaba. Le hablaba a Palomeque de inversiones que había hecho en el pasado, le pedía dinero prestado y, con nostalgia, escribía: «Hacen dos años no más, cuan distinta y qué risueña era mi situación, como la de otros!» (Castellanos, 1969, p. 78). Sin embargo, en carta del 22 de setiembre, tanto cuando se refiere a la edición en La Plata de *Grito de gloria* como cuando trata la oferta de Palomeque de hacerse cargo de la reedición de sus novelas, parece conformarse con no tener que poner dinero para ello. Confiesa que con *Grito de gloria*, escrita «á horas reglamentarias; vale decir: en horas inhábiles para otras tareas más premiosas y de más provecho...» (Castellanos, 1969, p. 65), tuvo la alucinación de hacer una edición con grabados que representaran los episodios más notables; finalmente, incapaz de afrontar el compromiso de dar a luz la obra por su cuenta, debió conformarse con una edición deficiente: «Entregué pues, el libro a mi editor desligándome de todo compromiso pecuniario» (Castellanos, 1969, p. 76), escribía, lo que debería ser entendido en su doble partida: no tener que poner dinero, tampoco esperar réditos de ello. La relación del arte con la economía, y aun con la política, se esclarecerá mucho en casos como el de Javier de Viana o en el de los dramaturgos del 900. Con Acevedo Díaz todavía habitamos un espacio intermedio, de tránsito, entre el mecenazgo y las formas siempre imperfectas de profesionalización del escritor.

Mi editor es un capitalista opulento [decía Acevedo Díaz en la carta que estamos citando], uno de los pocos que en La Plata tienen fortuna sólida, y que puede decirse millonario; es oriental, blanco de opinión y amigo particular mío. Él ha hecho todo y no puedo quejarme. Ha procedido con la mejor voluntad (Castellanos, 1969, p. 76).

Los énfasis en lo económico o en la difusión de la obra que hemos priorizado para explicar el folletín parecerían querer desvincularlo de un posible sentido político. Sin embargo, pudo caberle al folletín una tarea proselitista, de transmisión y defensa de ideas. Así había sido con el *Facundo* de Sarmiento, que se adelantó al libro en la prensa chilena. Y no dudamos de que la intención de *Le Patriote Français* también había sido política al apresurarse a publicar *Montevideo o una nueva Troya*.⁶ Pero no me animo a decir que ese fuera el motivo por el cual *Nativa* era incompatible con la campaña política emprendida por Palomeque. En apariencia, no era la novela de Acevedo Díaz una obra partidista, blanca, nacionalista que pudiese entrar en colisión con el coloradismo del candidato promovido por el diario. La diferencia parecía ser entre dos hombres que habían tenido serios enfrentamientos personales. Acevedo Díaz argumentaba no sentirse cómodo coincidiendo con uno de sus enemigos políticos y en ese sentido el contenido de la novela no incidía en el litigio. Sin embargo, puede pensarse un instante si el libro de Acevedo Díaz no portaba un color partidario, si las fuentes, la manera o las elecciones históricas del escritor no se hacían cargo de una visión de partido.

La novela histórica

Respecto a esto, digamos algunas cosas no del todo novedosas acerca de la obra de nuestro primer gran novelista. Se sigue pensando, sin lugar a dudas, que el peso mayor de la obra de Acevedo Díaz está puesto en sus novelas históricas con el agregado del citado relato «El combate de la tapera». Habría sido su intención «instruir almas y educar muchedumbres» (1953, p. 16), según lo había dejado consignado en un artículo titulado «La novela histórica», escrito en 1890 como respuesta, agradecimiento y explicación a un comentario sobre su novela *Nativa*.⁷ Para alcanzar ese objetivo el novelista tenía a mano, dice Acevedo Díaz, el tema histórico

6 En un libro reciente, *Una nueva Troya. Refutación a Una nueva Troya* (Rocca, 2020), se exhuma la polémica que encendió en *El Defensor de la Independencia Americana* la publicación de la novela de Alejandro Dumas.

7 Firmado en La Plata en julio de 1890, Enrique E. Rivarola había escrito un artículo titulado «Nativa (novela por Eduardo Acevedo Díaz)», que se conoció en la sección «Crítica literaria» del diario *La Época* de Montevideo, el 19 de agosto de 1890. Acevedo Díaz lo respondió el 27 de agosto en el mismo medio, con otro que llevaba por título «La novela histórica». Este fue reproducido como folletín el 29 de setiembre de 1895 por *El Nacional*, diario del que se había hecho cargo Acevedo Díaz a partir del 18 de julio de ese año. Aunque formó parte de una secuencia de cuatro artículos publicados en la sección «Folletín» de *El Nacional*, no tuvo la fortuna que sí tuvieron los otros tres, de ser recogidos primero por la revista *Vida Moderna* de noviembre de 1900, y luego (tomados de aquí) en el libro *Crónicas, conferencias y discursos*, recopilado en 1935. El ensayo de Acevedo Díaz se publica completo en esta entrega de [sic].

que, con la representación de las manifestaciones colectivas, conseguía penetrar en el espíritu de los pueblos, revelar sus aspiraciones, poner un teatro adecuado a las pasiones humanas.

En *Nativa* habrá Ud. notado –responde Acevedo Díaz a Enrique Rivarola– que, sin omitir escenas de costumbres y cuadros del suelo y del clima, me he esforzado, como Ud. lo ha dicho, en descubrir con auxilio de la historia, los fenómenos de un «pueblo en gestación», los pasajes de poemas oscuros en que la grande energía anónima se destaca con mayor fuerza que los cálculos del pensador, etc. (Acevedo Díaz, 1890, párr. 4).

Tal como le había señalado Rivarola en su artículo ensayo sobre *Nativa*, el novelista sacaba el resultante de los conocimientos que el historiador le suministraba y reconcentraba en su imaginación los hechos aislados para que brotara a sus ojos el cuadro vivo. Para Acevedo Díaz el punto de partida era, sobre todo, la figura de su abuelo materno, Antonio Díaz, que lo había provisto de un conjunto de relatos orales y de unas *Memorias* que, primero, su hijo y luego, su nieto habían usado de materia prima.⁸ Y es que don Antonio Díaz (1789-1869), español de origen, había vivido en la Banda Oriental desde su adolescencia, a principios del siglo XIX, y había participado con cierto protagonismo durante su vida en esos hechos históricos que ninguna historia patria parecería poder evitar desde las invasiones inglesas en la primera década del siglo hasta la revolución florista en los años sesenta. Eduardo Acevedo Díaz heredó unas memorias que con el siglo se convertirían en «blancas» en la medida en que Antonio Díaz optaría por el bando oribista, por el gobierno del Cerrito, por los fusionistas de ese origen. Sin dudas, esa elección algo tuvo que ver con las decisiones políticas y vitales del nieto de don Antonio Díaz. Pero ¿de qué manera pudo ese perfil partidario afectar la obra literaria del narrador?

No creo que este sea el lugar –aunque en algún lugar debería volver a hacerse– de revisar cuidadosamente el ciclo histórico en las novelas de Acevedo Díaz. Mostremos, a los saltos, aquellas notas que resultan serviciales a un estudio como el que pretendemos realizar en este trabajo. Comencemos por el principio, o sea por *Ismael*. Se abre la novela con siete capítulos que demoran la entrada en la ficción central: «Caía una tarde de febrero del año 1811, cuando (...) un jinete (...) se dirigía a la selva profunda» reza el *incipit* del capítulo 8. En el verano de la revolución asistimos a los prolegómenos del grito de Asencio en la Banda Oriental; un jinete joven, perseguido por un destacamento español, consigue escapar, internándose en el monte por una picada secreta. Es Ismael, estampa del gaucho, del matrero convertido en tupamaro, al que encontramos, ya muy avanzada la acción narrativa, en la encrucijada entre el conflicto personal (sus amores con Felisa, la enemistad con Almagro, la pelea entre ambos, etc., es decir, el melodrama) y el conflicto social (la admirable alarma, el ciclo artiguista, para ser breves). Habrá que hacer un largo racconto para saber cómo llegó hasta allí. Pero antes, ¿qué hubo en la novela? Los siete primeros capítulos, que alguna edición osó omitir, proponían aspectos fundamentales e inevitables en el diseño ideológico del relato. Para empezar, se presentaba la ciudad, Montevideo, en 1808: bastión militar, urbe pobrísima en sociabilidad («sin prensas, sin tribunas, sin escuelas»), elemental en su arquitectura, de una sombría rusticidad. No era el Montevideo que años antes había presentado Pérez Castellano en la carta a su maestro de latín. Era la construcción amurallada –«dentro de su armadura», «asilo de Marte» grafica el texto (1953, p. 36)– por el poder hispánico que aún la habitaba, mal abierta al mar y de espaldas al campo o recelosa de él por ser el lugar de los instintos indómitos del charrúa y de la vida de pastoreo: la libertad del desierto. «Así surgió en la soledad, el caudillo» (1953, p. 10). No era la simple condena de la ciudad y el privilegio del desierto. La actitud reaccionaria de Montevideo, foco de fuerza y no de ideas, debía ser arrollada por una revolución que viniese del campo, del paisaje genésico al que se refiere Raviolo (2015), de su libertad agreste, del conjunto humano liderado por el caudillo y formado por la heterogénea masa cruda, los primordios.

8 Un minucioso examen de las *Memorias*, de Antonio Díaz, fue realizado por Juan Pivel Devoto, como miembro informante de una comisión asesora para la adquisición de estas por el Estado. En él establece que la mayor parte de *Memorias* ya habían sido publicadas por su hijo y luego por su nieto. Pivel en lista los artículos que Acevedo Díaz publicó en la prensa con partes de esas memorias que luego reuniría en su libro *Épocas militares en los países del Plata* (1911). Si bien Pivel recomienda comprar las memorias de Antonio Díaz y advierte que las transcripciones fueron retocadas por su nieto, no se pronuncia por publicarlas y, aunque tuvo oportunidad, no lo hizo en ninguna de las empresas editoriales oficiales que acometió y dirigió: Clásicos Uruguayos, *Revista Histórica*, etc. Ver «Las memorias del general Antonio Díaz» (1948).



Eduardo Acevedo Díaz

Aunque Montevideo no se mostraba permeable a las teorías reformadoras, en los intersticios de su oscuridad, iglesia y fuerte, anidaban también tendencias que intentaban sacudirse la molicie: estaban los franciscanos, que buscaban explicarse los nuevos tiempos, y los militares criollos, todavía bajo el control español, que habían comprendido la inminente caída de la monarquía. En el otro extremo, los dos capítulos finales de la novela que acontecen ya en 1811, tendremos el diseño provisorio de las fuerzas enfrentadas: algunos militares se han pasado al servicio de la revolución y los franciscanos son expulsados de la ciudad.

Entre el ensayo y la ficción, la presentación de Artigas en el capítulo 2 de *Ismael* es la síntesis exacta y la clave de bóveda del proyecto acevediano: el militar que se distingue por atuendo e impostura poco castrenses, por su singular manera de interrogarse sobre la situación política (ausencia de rey en la península, cabildos abiertos en la periferia de la monarquía, cambio de los pilares legitimadores del poder) anticipa la idea del archicaudillo que va a ser desarrollada en los capítulos de tesis 48 y 49. A partir de la explicación teórica es comprensible que la novela desemboque y culmine en el acontecimiento militar por antonomasia del período: la batalla de Las Piedras. Cumbre épica —la calificación *homérica* no habría disgustado al propio Acevedo Díaz—, cierra la peripecia novelesca de *Ismael* y Almagro y deja abierta la historia hacia las futuras novelas.

Es muy singular que sea la aparición de Artigas «en el pórtico del convento» (1953, p. 15) franciscano la que inicie la ficción novelesca de *Ismael*. Hasta ese momento todo ha sido crónica histórica y descripción de la ciudad. A partir de allí la historia trufará la ficción para desarrollarla en varios andariveles. El argumento principal, como hemos visto, es el que protagoniza *Ismael*; en los secundarios habrá acontecimientos y personajes históricos que se adaptan al verosímil novelesco o puros personajes de ficción que amplían el universo social del relato. En algunas oportunidades la acción narrativa se detiene para disertar sobre el matrero y su vida, sobre el paisaje que habitan esos hombres, sobre la organización humana de la revolución oriental.

Emir Rodríguez Monegal (1968) plantea de otra manera esta cuestión: entiende que en esos primeros capítulos «la cuota de ficción es mínima» y que el drama responde con escrupulosidad y objetividad al retrato histórico y a la visión ideológica de la época. Llega a afirmar que el capítulo VII es «historia pura». Yo entiendo que los diálogos sostenidos entre los militares y los frailes y luego los parlamentos de Fray Benito, si bien responden en su sentido profundo a la cuestión histórica, son inventados sin documentación probatoria

posible. Incluso el cambio de régimen que Acevedo Díaz decide entre la primera (1888) y la segunda edición (1894) de la novela, poniendo en estilo directo en la voz de Fray Benito lo que aparecía como diégesis (ya pensamiento del fraile o comentario del narrador), remarca el carácter ficcional o teatral de esas escenas. Como se ve estamos en una zona imprecisa entre ficción e historia (la bibliografía tiende al infinito) en la que conceptos como realidad, verdad, historia e invención se cruzan y amalgaman. Todo depende de las definiciones que establezcamos en esos campos y de la utilidad que ellas tengan para la lectura que practicamos. La descripción de Artigas en el capítulo 2 de *Ismael*: «Representaba cuarenta años», no debe ser leída como documental, sino como la del tipo de personaje necesario para la novela histórica que estamos leyendo.

Este resumen de *Ismael*, que merecería ser más acucioso, exhibe las piezas inevitables del proyecto acevediano. El archicaudillo, que articula la autoridad de mando con las fuerzas vivas de la masa cruda, informa el movimiento para transformar el instinto por la tierra en noción de patria y permite la construcción de una idea de nación republicana con primordiales maneras democráticas. Esa noción proteica de la construcción nacional sostiene las tres primeras novelas de su ciclo histórico y su famoso cuento «El combate de la tapera», escritos en el período 1888-1893.

Años después de concluida su militancia nacionalista, clausurada en 1903 con la expulsión del partido, y ya lejos en tiempo y espacio de aquella saga, Acevedo Díaz publicó *Lanza y sable* (1914), pensada sin duda como parte de la tetralogía, en la que no renunció a su visión del caudillo y su importancia en la formación nacional. En este último tramo el eje ya no iba a ser Artigas, proto caudillo (la clasificación la tomo de Rodríguez Monegal 1968, que dice reproducirla de un ensayo inédito de Gustavo Magariños) en sombras que envolvía y explicaba la vasta saga narrativa de *Ismael*, sino un Fructuoso Rivera, supercaudillo puesto en primer plano, protagonizando historia y ficción, en plena dilucidación de la república con las guerras civiles de los treinta. Un antológico capítulo XII, «Proteo», lo burilaba como personalidad política y en el capítulo XVI, «El caballo hizo al caudillo», lo arropaba con su tesis. Tal vez, como sugería Rodríguez Monegal, la posición neutral que Acevedo Díaz pretendía adoptar ante las guerras civiles, acorde con la circunstancia política de sus dos últimas décadas, encontraba en el personaje de Rivera la materia prima maleable, proteica, para proyectar, desde su imagen plena de luces y de sombras, un mensaje esclarecido para el futuro del país (Acevedo Díaz, 1965).

En la parte del libro dedicada a *Lanza y sable*, Rodríguez Monegal (1968) discrepa con Zum Felde y Lasplaces, que vieron en esta una novela de menor calidad que las anteriores. Por el contrario, observa que la simplificación de la trama es resultado de una mayor claridad histórica, que también se expone en el cambio de dimensión de los personajes no ficcionales. Es así cómo, a diferencia de las novelas anteriores, cuyo modo de novela histórica privilegiaba a los personajes de ficción que tenían como telón de fondo la historia, *Lanza y sable* termina articulada en torno a la figura de Rivera, el «Proteo» del capítulo XII, sin que esto sacrifique la dimensión novelesca del texto ni del personaje. Pero ese desplazamiento hacia una historia novelada también provee a la novela de un carácter político adecuado a la circunstancia en que Acevedo Díaz la publicó.

En ese sentido, si las tres primeras novelas del ciclo tuvieron su clara continuación en la saga histórica de Eliseo Salvador Porta de los años sesenta del siglo XX, con *Intemperie*, *Sabina* y la proyectada *1815*, *Lanza y sable* bien podría calificarse como antecedente de la nueva novela histórica que aparecerá en los años setenta en Latinoamérica y en los años ochenta y noventa en la narrativa uruguaya. En esta el protagonista será generalmente un personaje histórico, a veces muy destacado (Colón, Bolívar, Artigas), que puede ser novelado en tramos de su vida que acepten grados de ficción. El procedimiento aparece como una reescritura de la historia bajo la poética de la novela, otro sesgo de la búsqueda de una verdad a veces vislumbrada en el simulacro de la simbolización artística.

Me atrevería a agregar, con cautela, un plus para entender mejor esta interpretación. En la novela *Lanza y sable* Acevedo Díaz desplegó dos comparaciones. Antes de comenzar la trama de ficción incluyó, en el «Proemio: a raíz de la epopeya», un paralelo entre Rivera y Oribe. El contraste era importante. Ambos parecían heredar los rasgos carismáticos de la equilibrada figura de Artigas que se desbordaba en dos vertientes: Oribe continuaba el pensamiento ordenador, legal y militar, de la patria vieja; Rivera encorpaba al caudillo, al guerrillero, al líder rural. Los dos se reconocían en el personalismo artiguista, pero su síntesis ya no era posible. Ambas figuras resultaban necesarias en los primeros años de la república. Acevedo Díaz entendía que sus tiempos debían haber tocado su fin antes de que esa década concluyera, pero no había sido así. Las formaciones originales en torno a Rivera y Oribe se habían repetido y sostenido en sucesivas guerras civiles hasta entrado el siglo XX. Centrada en el proteico Rivera, *Lanza y sable* advertía lo difícil que iba a ser devolver a la bandera nacional el fervor que por las divisas había germinado en ese primer lustro de vida independiente. La otra comparación, que tenía también a Rivera como parte del par, no le pertenecía a Acevedo Díaz. La

había tomado de *Apuntes para la historia de la República Oriental del Uruguay*, de Antonio Deodoro de Pascual (1864), miembro del Instituto Histórico y Geográfico de Brasil, e incluido como nota de cierre del mentado capítulo XII de la novela: «Proteo». Se trataba de un extenso parangón entre Rivera y Rosas. Ni el capítulo central ni la nota adjunta derrochaban elogios a Frutos, protagonista de la novela, en ese sentido, no podía extrañar el ánimo adverso a Rivera dada la proclividad oribista del escritor. Sin embargo, y sin que esto constituyera un alegato favorable, los numerosos defectos de Rivera tendían a empalidecerse ante las formas de gobernar con que se presentaba al argentino que, a fin de cuentas, era el aliado de Oribe.

En resumen, agotada la posibilidad de volver al camino trazado por Artigas (pero no se olvide que nada escribió Acevedo Díaz sobre los años del gobierno patrio), dividido su legado entre los sucesores, ambos, incluso su enfrentamiento, habrían sido necesarios para roturar la senda, más o menos original, de la nación en ciernes.

Finalmente

Cerremos este trabajo, que apenas ingresa al vasto territorio que es Eduardo Acevedo Díaz, con una consideración que lo colocará como pieza bisagra en ese tiempo tan atendido que es el del cambio del siglo XIX al XX. Heredero de Sarmiento, contemporáneo de Euclides da Cunha (los puntos de referencia los vuelca Carlos Real de Azúa, 1958, p. 120), fue Acevedo Díaz el letrado iluminado en términos político y religioso, que se ilustró en el pensamiento moderno, con todos los relativismos y las novedades que pudo tener en el terreno ideológico, pero que no solo observó de cerca, sino que todavía pudo actuar en los últimos entreveros del que podríamos llamar nuestro «antiguo régimen» y luego en los aires renovados de nuestra república. Ese mirar desde adentro diseñó un compromiso bifronte que, a la vez que enarbolaba un espíritu innovador, no dejó de admirar los saberes de la barbarie, como se ha señalado para el caso del *Facundo* ya hace muchos años. Fue Acevedo Díaz de origen blanco y espíritu modernizador. Ayudado por discrepancias políticas y personales con la dirección de su partido y con la idea que este tenía del futuro del país, entendió que para responder al segundo término del dilema, la modernización, debía votar por Batlle en la elección nacional, lo hizo y fue expulsado de su partido.

No fue el único indeciso entre los valores primitivos y el universo removedor que las repúblicas liberales irían instilando en la organización tradicional. Seguido de cerca por Javier de Viana, que padeció los mismos dilemas, Acevedo Díaz fue uno de los postreros, de los últimos intelectuales en admirar al caudillo y pugnar por el progreso (esa fue la imagen que dejó de Saravia en un texto de 1898⁹). Carlos María Ramírez, con su documento *La guerra civil y los partidos de la República Oriental del Uruguay* (1871) y, treinta años después, Florencio Sánchez, con sus *Cartas de un flojo* (1900), sentaron en el banquillo de los acusados a los partidos y a la solución política de la guerra civil.

Tal vez un límite en esta fase del proceso a la barbarie haya sido *El león ciego* (1911) con el que Ernesto Herrera propuso sustraer del abrazo de las guerras a las nuevas generaciones. Sería necesario entrar en otro capítulo para poder seguir desbrozando la compleja fórmula campo-ciudad a la que todavía le quedarían etapas que cumplir: el criollismo, Zavala Muniz, Amorim, Espínola, Morosoli, Serafin García, entre otras.

Referencias bibliográficas

- Acevedo Díaz, E. (25 de setiembre de 1898). El caudillo de 1897 (fragmento de trabajos inéditos). *La Alborada*, 28, año II, 2ª época.
- Acevedo Díaz, E. (1953). *Ismael. Colección de Clásicos Uruguayos: vol. 4*. Montevideo: Biblioteca Artigas.
- Acevedo Díaz, E. (1965). *Lanza y sable. Colección de Clásicos Uruguayos: vol. 63*. Montevideo: Biblioteca Artigas.
- Castellanos, A. R. (1969). Cartas de Eduardo Acevedo Díaz al Dr. Alberto Palomeque (1880-1894). *Revista de la Biblioteca Nacional*, 2.
- Deus, S. (1978). *Eduardo Acevedo Díaz, el caudillo olvidado*. Montevideo: Acali.
- Las memorias del general Antonio Díaz (diciembre, 1948). *Revista Histórica. Publicación del Museo Histórico Nacional*, año XLII, 2ª época, tomo XVI, 4648, 697-705.
- Mattos, T. de (4 de julio de 1997). Verdad, historia y ficción. *El País Cultural*.

9 El caudillo de 1897 (Acevedo Díaz, 1898).

- Palomeque, A. (mayo, 1901). Eduardo Acevedo Díaz (Del natural). *Vida Moderna*, año I, tomo III.
- Pascual, A. D. de (1864). *Apuntes para la historia de la República Oriental del Uruguay, tomo I*. París: Th. Ducessois.
- Raviolo, H. (2015). Ismael, un paisaje de Génesis. En O. Brando (Ed.), *Escritos sobre literatura uruguaya* (pp. 152-156). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Real de Azúa, C. (noviembre, 1958). Partidos políticos y literatura en el Uruguay. *Tribuna Universitaria*, 6/7, 120.
- Rocca, P. (Editor) (2020). *Una nueva Troya. Refutación a Una nueva Troya*. Montevideo: Linardi y Risso.
- Rodríguez Monegal, E. (1968). *Vínculo de sangre: Acevedo Díaz novelista*. Montevideo: Alfa.